



Eucaristía de inicio de curso del seminario y renovación de las promesas sacerdotales

*S.I. Catedral de Orihuela,
29 de septiembre de 2020*

En el día que la Iglesia universal celebra la fiesta de los Santos Arcángeles: Miguel, Gabriel y Rafael; nos hemos reunido en nuestra Santa Iglesia Catedral del Salvador y Santa María, para junto con la comunidad de nuestro Seminario Diocesano, como todos los años, abrir el nuevo curso. Esto que en cada fiesta de S. Miguel, patrón del Seminario, hacíamos en la capilla ante su imagen y junto a la imagen de nuestra madre, la Inmaculada, lo hacemos aquí al haber hecho coincidir, en esta celebración, la “Renovación de nuestras promesas sacerdotales”, que no pudimos hacer juntos en la Misa Crismal, y la celebración del Día del Clero, en cuanto momento fuerte de encuentro y plegaria compartida, que tampoco fue posible por el estado de Alarma, que vivimos tanto en Semana Santa, como en el Tiempo Pascual, en los días entre los que también estaba la conmemoración de San Juan de Ávila.

Ahora, aunque dentro de las limitaciones que subsisten, podemos aunar en este acto cuanto acabamos de mencionar; conscientes de que lo celebramos en el año que se ha publicado un importantísimo documento de la Conferencia Episcopal: “Plan de formación sacerdotal. Normas y orientaciones para la Iglesia en España”. Documento fundamental para orientar la formación para la vida y el ministerio de los miembros de nuestro presbiterio y para los miembros del Seminario, nuestros futuros pastores.

En él se destaca la pastoral vocacional al sacerdocio ministerial; pues como señala el Cardenal Blazquez en su escrito de presentación: “No queremos conformarnos con administrar la escasez; deseamos ser cauce de nuevas vocaciones a las que el Señor continúa invitando”.

El documento, desde las claves que lo configuran, insiste según él “en el cuidado del discernimiento y el acompañamiento, en la formación inicial y permanente, en la salud humana y espiritual de los seminaristas y los sacerdotes, en la situación eclesial y social tan exigente que vivimos. El carácter comunitario y el sentido misionero del ministerio del futuro sacerdote impregnan todo el camino discipular y configurativo de la formación del candidato en el don de sí mismo al Señor y a la Iglesia para el servicio de la Humanidad, que es el contenido esencial de la caridad pastoral”.

Considero, por lo demás, que tiene una gran carga de significación que los miembros de nuestro presbiterio que habéis podido haceros presentes, renovéis las promesas sacerdotales, aquí, ante una asistencia tan singular como el pleno de nuestros seminaristas mayores y menores, que os tienen en buena medida como referentes, y precisamente además, en estos momentos de incertidumbre por la preocupante evolución de la pandemia. Renovar nuestra voluntad de seguir siendo cada uno de nosotros don que se ofrece al Señor y a su Iglesia, para servir a una Humanidad especialmente sufriente y necesitada, tiene un enorme sentido y adquiere un valor añadido al ser expresado, en este día, ante quienes, en el seminario, se preparan para ser

ilusionados discípulos de Jesús y, con la gracia del sacramento del Orden, ser enviados por Él, a servir como misioneros y pastores de su Pueblo.

Sin duda, y sobre todo en estas circunstancias históricas, los ya ordenados y enviados sentimos muchas veces que la misión que debemos cumplir nos sobrepasa. Y no digamos al experimentar la fragilidad de nuestra barca, y la gran pobreza de nuestras fuerzas, y en medio de la tempestad actual en la que parece que todo se ha oscurecido; así nos descubrimos a nosotros mismos “asustados y perdidos” como aquella tarde, en aquella tempestad en el lago de Tiberiades de la que nos habla el Evangelio de S. Marcos (Mc 4, 4,35) y que nos recordó papa Francisco en su emblemática celebración en la vacía plaza de S. Pedro, del 27 de marzo. Allí el papa nos recordaba las palabras de Jesús a sus discípulos, a nosotros: “¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?”. El allí, y también ahora, parece dormido; Él allí, y también ahora, “se despierta para despertar nuestra fe pascual”. Nos recuerda “el ancla” a la que cogernos, “su Cruz”. Nos anima y convoca a hacer posibles “nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad”; esto debe valer en la tarea que hacemos con nuestras gentes y también entre los compañeros sacerdotes, especialmente en el arciprestazgo, y en esa escuela de compañerismo auténtico que debe ser el Seminario. Debéis seguir practicando entre vosotros medidas y caminos posibles que os ayuden a cuidaos y a cuidar de los demás. Ánimo, Jesús nos repite “de nuevo” a todos nosotros: “No tengáis miedo” (Mt 28,5). Él está con nosotros; nada nos puede separar de su amor.

La fe de la Iglesia ha visto, basándose en la Revelación, en los ángeles y arcángeles un signo de esa Providencia amorosa de Dios que no nos abandona, un medio evidente de su cuidado y protección. La Palabra de Dios que acabamos de escuchar, en su primera lectura de la Profecía de Daniel (7, 9-10), en el Salmo responsorial (Sal 137), y sobre todo en el Evangelio (Jn 1, 47-51) nos ha remitido a su realidad. Jesús en su diálogo con Natanael puede prometer al discípulo la entrada en una nueva visión de la realidad. El mundo trascendente de Dios –el cielo- está abierto en Jesús. En Él, Dios desciende entre los hombres, y los hombres pueden subir en Él a Dios. Y los ángeles son ministros de este maravilloso intercambio, de esta inesperada comunión.

Demos gracias a Dios, como nos anima a hacer el Salmo responsorial de esta fiesta de hoy. Bendigamos a nuestro Dios que de mil modos se hace presente entre nosotros, nos guarda y protege a la sombra de sus alas. Formamos parte de un designio de contornos ilimitados, cuyo artífice es Dios. En su misterio, somos constructores de una historia que tiene en Cristo su centro y su término. Pero en el camino de nuestra historia hay lucha, un conflicto implacable con las fuerzas del mal. Combatamos el buen combate; si ofrecemos humildemente nuestra contribución, se nos concederá una límpida mirada interior: contemplaremos entonces la Misericordia que ha abierto los cielos y ha venido a morar entre nosotros, a fin de que con los ángeles podamos subir hasta su intimidad, también para que con los ángeles aprendamos a descender junto a cada hermano que nos necesita.

En tiempos de una humanidad probada por la pandemia y sus secuelas, en una época necesitada de sacerdotes llenos de caridad pastoral y de jóvenes que maduren bien su vocación en las comunidades de nuestro Seminario, demos gracias a Dios por el don de la entrega de tantos y tantos sacerdotes diocesanos que renuevan cada día con su vida

las promesas sacerdotales, y de tantos seminaristas que se dejan acompañar en su formación inicial en la oración, el estudio y la comunión.

Demos gracias a Dios por la continua ayuda de su gracia a todos ellos, y a todos nosotros en el viaje arriesgado de la vida, agradeciéndole, especialmente hoy, la intercesión del Arcángel Rafael que, en horas de pandemia con miedos y enfermedades, nos acompaña para que no nos desviemos del camino de Salvación; del Arcángel Gabriel, portador de su Palabra, para que ésta se vuelva en nosotros, como en María, obediencia y vida; del arcángel Miguel, patrón de nuestros Seminario, que nos ayude a combatir el buen combate de la fe.

Así, con el ánimo repleto de gratitud, confianza y esperanza, dispongámonos a celebrar esta Eucaristía, en la que gustamos, ya ahora, la comunión con el Señor, que será plena en su eternidad. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela-Alicante